

— FESTIVAL INTERNACIONAL DE —

ANDALUCÍA

Y EL LA

HISTORIA

¿Quién era Juan Vego?

Juan Vego nació y se crio en la absoluta libertad que concede el monte. Muchas noches su manto fue el cielo estrellado y su sábana el olor a yerba en los verdes prados de su tierra segureña. Por eso, cuando decidió marchar no hubo nada ni nadie que lo atara, porque el horizonte siempre le señaló el rumbo que habría de tomar y sabía con certeza que las aguas de los ríos lo llevarían al mar. En aquella época la vida era dura en la Península Ibérica. Vego padeció los rigores de la pobreza, que se extendía como una mancha de aceite por más de medio continente europeo. «Hacer las Américas» era también huir de la miseria en Europa.

Todas las tardes, sentado en la plaza del pueblo de Segura, con el sol a punto de esconderse, escuchaba a los más ancianos narrar sus venturas y también sus desventuras por el viejo continente en los sitios de Nápoles, Gravelinas o Ceriñola, y cómo ahora se miraba al Virreinato de Nueva España, a California, Perú o el Río de la Plata. A él se le erizaba el vello de los brazos, y la mente lo transportaba a aquellos mundos que imaginaba con tantas riquezas y tan exóticos, donde podría hacerse con tanta fortuna que podría salvar a su familia entera de la pobreza.

Su abuelo, que sirvió en los Tercios, ya le advirtió a modo de premonición: ¡Al océano irás! ¡Al océano irás!

Llegado su momento, apenas cumplida la edad mínima para estos quehaceres, aprovechó el transporte de pinos laricios que por los ríos navegan desde el Guadalimar al Guadalquivir y se unió a ellos, arribando a Córdoba, y luego a Sevilla, centro cultural del mundo por aquellos tiempos, desde donde partirá para Cuba, su nuevo mundo, su esperanza, su paraíso soñado. Atravesó el gran océano para servir a Hernán Cortés en alguna de sus expediciones por California, y más tarde a Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de la Florida americana.

El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) nos habla en La Florida del Inca, libro tercero, capítulo xxxix, de un serrano de Segura de la Sierra que evitó que un escuadrón muriera de frío en la ciudad de Chicaza, La Florida.

«Este Juan Vego dio en hacer una estera de paja (que allí hay muy buena, larga, blanda y suave) para socorrerse del frío de las noches. Hízola de cuatro dedos en grueso, larga y ancha, echaba la mitad debajo por colchón y la otra mitad encima en lugar de frazada; y como se hallase bien en ella, hizo otras muchas para los compañeros con la ayuda de ellos mismos, que a las necesidades comunes todos acudían a trabajar en ellas.

Con estas camas que llevaba a los cuerpos de guarda o plaza de armas, donde todas las noches estaban puestos en escuadrón, resistieron el frío de aquel invierno, que ellos mismos confesaban hubieran perecido si no fuera por el socorro de Juan Vego».

«Juan, ¡Al océano irás!», le insinuaron. Y Juan hizo de aquella premonición su vida, embarcándose en la aventura del gigantesco proceso de traslación de los más diversos campos de lo antropológico, etnológico, filosófico, cultural, religioso, económico... que cambiaría el mundo conocido.